

El compadre pobre*

Lectorcita:

Por fuerza debes conocer al compadre pobre, aunque quizá nunca, por pobre, ha llamado tu atención.

Don Modesto, que casi siempre lo es, ni viste con elegancia ni lleva un traje ridículo, que sus ropas son como la túnica milagrosa: ni viejas nunca ni jamás, a lo que parece y refieren los sabios cronistas, han sido nuevas.

Nadie sabe de qué vive el compadre pobre y su familia es así como si dijéramos, una cosa tan misteriosa como un Ministro de Hacienda, que se deja sentir pero que pocos conocen y que ninguno encuentra jamás en la calle.

Don Modesto es compadre no porque tenga algún vínculo espiritual con los que le dan este nombre, sino porque él habla siempre de un compadre suyo que generalmente es de los que vegetan en las altas regiones del poder, y de aquí se viene el que, poco a poco, todos lo llamen *el compadre*, es decir, don Modesto (alias) *el compadre*.

¿Cómo se forma sus relaciones *el compadre*? Casi es inexplicable. Acompañó a las señoras de vuelta al baile o lo encontraron entre los que ayudaban a preparar una función de Iglesia o una función de beneficio en el Teatro, y cuyos productos eran destinados a una Conferencia; trajo recado de un amigo para informarse de la salud de un enfermo: de

* Vicente Riva Palacio, "El compadre pobre", *El Federalista*, t. I, núm. 253 (26 de octubre de 1871): 1.

todos modos, el compadre no necesita más que una oportunidad y de su cuenta corre lo demás; se adhiere, se escurre, se acomoda y luego se ensancha y se dilata, y termina por hacerse necesario, indispensable en la familia.

Al principio comienza sólo por traer noticias, no de política, por supuesto, porque en ese mar nunca navega, sino de casamientos, de novios, de pleitos, de divorcios, en fin, de todo lo que atañe a la vida privada del prójimo y que, conforme a todas las disposiciones legales, está fuera del dominio de la prensa.

¡Ay, qué de tesoros ocultos no descubre el compadre en eso de la crónica escandalosa! Y como eso siempre divierte, *el compadre* va ganando terreno. Síguese después el dar razón de tiendas y almacenes en que puede comprarse lo que se desea, y esto en todos los ramos del comercio, lo mismo el arroz que el encaje de Bruselas, lo mismo las cebollas que las peras, que las crinolinas y los abrigos.

Entonces comienzan ya las confidencias de cierta clase, la señora que envía a componer su peineta, y las niñas que mandan las castañas a Escabasse para que las peine. *El compadre* da su opinión, y su primer paso en el camino del poder.

—Mamá, ya son las 7 y no han traído mi castaña.

—No te apures, hija, ya no tardará.

—Pero mamá, si ya debía yo estar peinada, a las 8 cuando más, vendrá Escobosa por nosotras para ir a la zarzuela.

—Falta una hora todavía.

—Sí, pero yo no estoy vestida.

—¿Pues qué quieres que haga?

—Que vayan a ver.

Aquí *el compadre*.

—Manuelita, si usted quiere, iré yo.

—¡Ay!, no *compadre*, ¡¿cómo se había usted de molestar?!

—¡Qué molestia! ¡Si está tan cerca!

Y las niñas viven por San Hipólito y el peluquero en la esquina del Espíritu Santo.

—Vaya, si usted me hace favor.

—Niña, no seas imprudente, que vaya Sixto, el mozo; ¿cómo se va a molestar el *compadre*?

—No, yo iré, que lo he de hacer con más empeño; en un momento estoy aquí de vuelta.

El compadre toma su sombrero y como alma que se lleva el diablo, que según cuentan van muy aprisa esas almas, llega a la peluquería y en un *santiamén*, como dice la señora mamá, está de vuelta, limpiándose la frente, inmunda en sudor.

—¡Ay, *compadre*! Mil gracias.

—No se quite usted el sombrero, que viene sudando.

—Qué le hace.

—No, déjeselo usted puesto. —¡Primoroso es este *compadre*!

A las 8, la familia está lista para irse al teatro, gracias a la actividad del *compadre*. Desde ese día, *el compadre* lo hace todo y lo sabe todo.

—¡*Compadre*! —dice la mamá— ¿adónde habrá unos sombreritos de paja con adornos de terciopelo negro, para las chiquitas, como unos que yo vi ayer?

—Es fácil buscarlos.

De seguro que el *compadre* ni se figura cómo son los tales sombreritos, pero afronta la dificultad.

—¡Ay, *compadre*! (Este “¡ay!” es de ordenanza para encargar algo *al compadre*) —¡Si usted me hiciera favor!

—Con mucho gusto, comadrita.

Tres horas anda en la calle *el compadre*, pero vuelve a lo menos con 20 sombreritos, que traen entre él y un cargador. —La familia lo rodea.

—Éstos son de la *Sorpresa*. —3 pesos 4 reales. —A ver, que se los mida Pepita; está muy bonito, ¿es verdad?

—¿Y éstos?

—A ver... ¿Venían aquí?

—Sí.

—Entonces— son de *casa de Valeria*... No, no..., miento, de la *Primavera*. 4 pesos... Niñas, no los revuelvan, que tengo que devolverlos.

—Mamá, éstos están mejores.

—Esos son a 3 pesos.

—Entonces, éstos, ¿a 3 pesos?

—Sí, comadrita.

—Dos se quedan; 6 pesos; ¿A ver si los dan por 20 reales?

—Yo veré.

Carga el compadre con la mercancía, y casi es seguro que consigue la rebaja.

El compadre compra los zapatitos de las niñas; el primer día hay dificultades, se le fía el herido botín de Manuelita o la desgobernada babucha de la mamá, que él se guarda devotamente en el bolsillo del pantalón, pero después ya conoce sus hormas y no hay tanto trabajo.

El compadre lleva a componer el reloj que se cayó, saca a los niños de la escuela, algunas veces acompaña a la mamá a Tacubaya a ver a una conocida, consigue los medios nuevos para un bautismo, *corre* con la compra de los pasteles y del vino en los bailecitos y, si sopla el viento del infortunio y hay necesidad de *ocurrir* al *Montepío*, de seguro que el nombre del compadre figurará en la sucursal, salvando el crédito de la casa.

El compadre es un Proteo, toma formas diversas y con una actividad asombrosa, y es el todo y para todo de la casa y con tanta abnegación que acompaña a la familia hasta la puerta del teatro y allí se despide y, a veces, en medio de la

tempestad más deshecha, sale sin paraguas a buscar un simón para que pueda irse una visita.

Por fin, *el compadre* llega a no tener sexo: aprieta el corsé a las niñas, las mira medirse los zapatos, las acompaña mientras se peinan y les abrocha el vestido, como si no perteneciera al sexo fuerte.

Le *fían* a las niñas a cualquier hora, le encargan a las criadas cuando sale de noche la señora, se las *encomiendan* para que las lleve a Chiarini, o al teatro o a la zarzuela.

¿Festividad nacional? *El compadre* pone las cortinas y los faroles en los balcones. ¿Función en el teatro? Él va por el palco. ¿Se abre de noche el Congreso? Él consigue boletos de entrada. Todo lo hace el compadre, y de balde: nunca le dan nada, ni le consiguen un destino ni nada, ni siquiera le preguntan por su mujer.

—¿Y qué edad tendrá *el compadre*? —algunas veces que él no está presente, dice la mamá.

—¿Cuántos años tendrá este *compadre*?

De repente deja de ir a la casa y es raro, porque nunca se enferma.

—¿Qué le habrá sucedido al compadre?

—¡Quién sabe, está enfermo!

—Puede ser.

El día menos pensado dice Manuelita a su mamá:

—¡Ay, mamá! ¿Sabes quién se murió?

—¿Quién, niña?

—*El compadre.*

—No me lo digas, ¡pobrecito!, ¿quién te lo dijo?

—La cocinera, que encontró a su hijo.

—¿Y de qué se murió?

—Pues quién sabe.

—Dios lo haya perdonado.

Éstas son las honras del *compadre* pobre, que muere, pero que deja siempre un sustituto.

Vicente Riva Palacio